

Juana Manuela Gorriti

EL POZO DEL YOCCI

*basada en la edición de
Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1876*

INDICE

- I -	1
<i>El Abra de Tumbaya</i>	
- II -	5
<i>El vivac</i>	
- III -	9
<i>El punto de honor</i>	
- IV -	15
<i>El barro de Adán</i>	
- V -	18
<i>La fuga</i>	
- VI -	22
<i>El éter de Dios</i>	
<i>El canje</i>	
- VII -	39
<i>Tinieblas</i>	
- VIII -	40
<i>Revelación</i>	
- IX -	43
<i>La conspiración</i>	
- X -	47
<i>El lecho de muerte</i>	
- XI -	52
<i>La espía</i>	
- XII -	56
<i>Abnegación</i>	

- XIII -	61
<i>El sacrificio</i>	
- XIV -	66
<i>La derrota</i>	
- XV -	68
<i>La voz de la conciencia</i>	
- XVI -	70
<i>El juicio de Dios</i>	

A MARIA PATRICK

Cuando al escribir estas líneas, te las dediqué, Mary, lejos estaba de imaginar que cuando las publicara, traicionados los vínculos que nos unían, y la probidad del más noble de los sentimientos, esta dedicatoria había de ser para ti un sangriento reproche. Que Dios te perdone, Mary, como te perdona el corazón que destrozaste sin piedad.

- I -

EL ABRA¹ DE TUMBAYA²

Mediaba el año de 1814. La libertad sudamericana había cumplido su primer lustro de existencia entre combates y victorias; era ya un hecho: tenía ejércitos guiados por heroicos paladines, y desde las orillas del Desaguadero³, hasta la ciudadela de Tucumán, nuestro suelo era un vasto palenque⁴, humeante, tumultuoso, ensangrentado, que el valor incansable de nuestros padres, disputaba palmo a palmo, al valor no menos incansable de sus opresores.

En aquel divorcio de un mundo nuevo, que quería vivir de su joven existencia, y de un modo añejo, que pretendía encadenarlo a la suya, decrepita y caduca; en ese inmenso desquiciamiento de creencias y de instituciones, todos los intereses estaban encontrados, los vínculos disueltos; y en el seno de las familias ardía la misma discordia que en los campos de batalla.

A los primeros ecos del clarín de mayo⁵, los jóvenes habían corrido a alistarse bajo la bandera de los libres. Los viejos, apegados a sus tra-

1 *Abra*: zona ancha y despejada entre dos montañas o grupos montañosos

2 *Tumbaya*: zona ubicada al norte de la Provincia de Jujuy, Argentina, a la entrada de la *Quebrada de Humahuaca*

3 *Río Desaguadero*: también llamado Salado - Chadileuvú y Curacó, es el colector de la cuenca homónima que recibe las aguas de los ríos Jáchal, Mendoza, Tunuyán, Diamante y Atuel. Desemboca en el Atlántico a través del río Colorado

4 *Palenque*: estacada preparada en el campo para ganado vacuno o caballar. También designa el poste o armazón de madera para amarrar las cabalgaduras a la entrada de las casas, pulperías y almacenes de campaña

diciones, volvían los ojos hacia España; y temiendo contaminarse al contacto del suelo rebelde que pisaban, recogían sus tesoros, y se alejaban desheredando a sus hijos insurgentes y dejándoles por único patrimonio una eterna maldición.

Vióseles a centenares, arrastrando consigo el resto de sus familias, vagar errantes, siguiendo los ejércitos realistas en sus peligrosas etapas al través de fríos climas, o marcharse a la Península, dejándolas abandonadas entre hostiles pueblos del Alto Perú.

De esos tristes peregrinos, cuán pocos volvieron a ver el suelo hermoso de su patria. Dispersos, como los hijos de Abraham, moran en todas las latitudes; y en las regiones más remotas, encontraréis con frecuencia, bajo una cabellera cana dos ojos negros que han robado su fuego al sol de la Pampa, y una voz, de acento inolvidable traerá a vuestra mente el radiante miraje⁶ de esa tierra amada de Dios.

Sin embargo, los que a ella regresaron, en fuerza del tiempo y de acontecimientos, vinieron tristes y devorados de tedio.

Pensaron hallar en sus hogares la dicha de la juventud, y encontraron, sólo, un doloroso tesoro de recuerdos.

Al ponerse el sol de una tarde de octubre, tibia y perfumada, una columna, compuesta de un escuadrón, y dos batallones, subía la quebrada de León, mágico pensil⁷ que desde la tablada de Jujuy, se extiende, en un espacio de nueve leguas, hasta las mineras rocas de El Volcán.

Era aquella fuerza la retaguardia de las aguerridas tropas que, victoriosas en Vilcapugio⁸, invadieron segunda vez el territorio argentino, y que retrocediendo ante las improvisadas huestes de San Martín, se retiraban, sino en desorden, llevando, al menos, vergüenza y escarmiento.

En pos de la columna, y cubriendo todos los senderos de la quebrada, venía una numerosa caravana, compuesta de jinetes, bagajes y literas.

Era la emigración realista.

Eran los godos, que se alejaban murmurando con rencor el *judica me Deus*⁹; mientras obcecados por una culpable ceguedad, arrastraban

5 Se refiere al 25 de mayo de 1810, inicio de la revolución contra el colonialismo español, que dió pie a la declaración de independencia del 9 de Julio de 1816

6 *Miraje*: (galicismo) del francés *Mirage*, espejismo

7 *Pensil*: colgado en el aire; (metáf.) jardín colgante o delicioso

8 *Vilcapugio*: batalla librada el 1° de octubre de 1813 entre el Ejército del Norte al mando del general Manuel Belgrano y las tropas realistas

9 *Judica me, Deus*: Salmo XLIII que comienza "Judica me Deus, et discerne causam meam de gente non sancta, ab homine iniquo et doloso erue me" (Júzgame, oh Dios, y aboga mi causa; líbrame de gente impía, del hombre de engaño e iniquidad).

a sus hijas, coros de hermosas vírgenes, hacia aquella gente *non sancta*, entre la cual tantas fueron profanadas.

Numerosas falanges de guerrilleros patriotas coronaban las alturas de uno y otro lado de la quebrada, flanqueando al enemigo con un vivo y sostenido fuego.

Los realistas rugían de cólera ante la imposibilidad de responder a esa mortífera despedida de adversarios, que, ocultos entre los bosques que cubren nuestras montañas, los fusilaban a mansalva, acompañando sus descargas de alegres y prolongados hurras.

En fin, diezmados, y pasando sobre los sangrientos cadáveres de sus compañeros, los españoles llegaron a la boca de la quebrada. Los cerros, en aquel paraje, apartándose a derecha e izquierda, forman un vasto anfiteatro cortado al norte por el Abra de Tumbaya, honda brecha abierta por la ola hirviente del volcán que le dio su nombre. Figura una ancha puerta, que, cerrando el risueño valle de Jujuy, da entrada a un país árido y desolado, verdadera Tebaida¹⁰, donde acaba toda vegetación. Enormes grupos de rocas cenicientas se alzan en confuso desorden sobre valles estrechos, sembrados de piedras y de salitrosos musgos. Nunca el canto de una ave alegró esos yermos barridos por el cierzo¹¹ y los helados vendavales; y cada uno de aquellos grises y pelados riscos, parece una letra, parte integrante del fúnebre *lasciate ogni speranza*¹² de la terrible leyenda.

La columna realista atravesó el solemne paso.

Siguióla el inmenso convoy de emigrados, que al trasponerlos, volvieron una dolorosa mirada hacia la hermosa patria que dejaban.

Nosotros también, un día de eterno luto, paramos en esa puerta fatal, y al contemplar los floridos valles que era forzoso abandonar, y los dédalos de peñascos sombríos que al otro lado nos aguardaban, invocamos la muerte... Y después... después, la alegría y la dicha volvieron; y perdido nuestro edén, bastónos el cielo azul; y encontramos poesía en aquellos peñascos, y los amamos como una segunda patria. ¿En qué terreno, por árido que sea, no te arraigas, corazón humano?

Guerreros y peregrinos, atravesada el Abra, desfilaron a lo largo de los fragosos senderos, y se alejaron, confundándose luego con la bruma del crepúsculo... para perderse después en ese huracán de balas

10 *Tebaida*: región desértica en el Alto Egipto donde los Santos Anacoretas Cristianos hacían retiros para orar

11 *Cierzo*: viento seco y frío que en Europa sopla del noroeste

12 Se refiere a la leyenda ubicada en la entrada del Infierno, Canto III, *Divina Comedia* de Dante Alighieri (1265-1321)

de metralla que, durante catorce años, barrió Sudamérica del septentrión al mediodía.

- II -

EL VIVAC

Las sombras han sucedido al día, y a su bélico tumulto la plácida calma de la noche.

En el fondo de la quebrada, a la orilla izquierda del río de León, una línea de fogatas eleva sus rojas llamas bajo el ramaje florido de los duraznos. Es el campamento de los guerrilleros patriotas.

Allí, centenares de hombres de razas, costumbres y creencias diversas, unidos por el sentimiento nacional, guerrearán juntos; partiendo la misma vida de azares y de peligros; y en aquel momento, sentados en torno de la misma lumbre, reunidas en pabellones sus heterogéneas armas, y mezclando sus dialectos, se abandonan a las turbulentas pláticas del vivac.

Allí se encuentran, al acicalado bonaerense; el rudo morador de la pampa; el cordobés de tez cobriza y dorados cabellos; y el huraño habitante de los yermos de Santiago, que se alimenta de algarrobas¹³ y miel silvestre; y el poético tucumano, que suspende su lecho a las ramas del limonero; y los pueblos que moran sobre las faldas andinas; y los que beben las azules aguas del Salado, y los tostados hijos del Bracho¹⁴,

13 *Algarroba*: fruto del algarrobo, árbol de madera dura. La corteza se usa para curtir cueros. La goma-resina que expide su tronco se usa para teñir de color oscuro. Su fruto, en vaina, es comestible y muy alimenticio

14 *El Bracho*: zona baja, en algunas partes inundable, que abarca parte del actual Santiago del Estero y Tucumán

que cabalgan sobre las alas veloces del avestruz; y el gaucho fronterizo, que arranca su elegante coturno¹⁵ al jarrete de los potros.

—Qué flaco está el rancho¹⁶, sargento Contreras —exclamó un mulato salteño, dirigiéndose a cierto hombrón de rostro bronceado y ondulosa cabellera, mientras revolvió un churrasco en las brasas del hogar—. Nadie diría que hoy hemos matado tanto gallego de mochila repleta.

—Y llevando un convoy de víveres frescos, que no había más que pedir.

—¡Al diablo el comandante Heredia y su fuego de flanco! Otra cosa habría sido, si mandara cargar por retaguardia: ni un sarraceno pasara el Abra para ir a contar el cuento. ¡Que no hubiese hecho cada uno como el capitán Teodoro: desobedecer y atacar!

—¡Pobre capitán Teodoro! ¡tan valiente y tan buen mozo!

—Hubiéralo yo seguido, si me encuentro cerca de él.

—Yo me hallaba entonces a la otra banda del río, encaramado en la copa de una ceiba¹⁷ vaciando sobre aquellos diablos la carga de mi fusil; y vi al capitán arrojar, espada en mano, al centro de la columna. ¡Caramba! ¡Hubo un fiero remolino! Estocada por aquí, mandoble por allá... Luego sonaron casi a un tiempo cuatro tiros, y... todo se acabó... ya sólo vi un caballo que huía espantado río abajo.

—Yo hacía fuego, acurrucado en el hueco de un tronco, y vi al pobre capitán caer atravesado de balas. Por más señas que de una litera salió un grito que me partió el corazón. Fue una voz de mujer: de seguro era algo de él.

—O del oficial godo que mató del primer hachazo. ¡Pulsos tenía el capitán Teodoro!... y eso que no llegaba a veinte años.

—¡Teodoro! ¿Por qué no llevaba apellido?

—¡Quién sabe!

—Yo lo sé: porque su padre es un gallego ricacho y testarudo, que le achacaba a delito el servir en nuestras filas, y lo había desheredado, y hasta quitádole el nombre.

—¡No importa! así, Teodoro a secas, era un valiente soldado. ¡Malhaya la mano que le mató! No le pido más a Dios, sino el consuelo

15 *Coturno*: calzado de plataforma que utilizaban los actores griegos. Se trata de una metáfora ya que el gaucho utilizaba los jarretes de potros para confeccionar las llamadas botas de potro, calzado de cuero crudo bien sobado extraído de la pierna de un potro o vaca de entre el garrón y la canilla. Algunas dejaban desnudos los dedos del pie para poder tomar los estribos de botón

16 *Rancho*: (loc.) alimento de la tropa

17 *Ceiba*: (Pentandra Gaertn) árbol gigante de América tropical. Su fruto produce algodón silvestre llamado "kapoc"

de ponerle a tiro de mi cuchillo.

—¿Dónde cayó el capitán?

—En la angostura del río, más allá de los cinco alisos, al salir a la altura de los sauces. El mayor Peralta fue ya en busca de su cuerpo.

—¡Hum! ¡Quién sabe si podrá encontrarlo!

A esa hora, el sol no se había puesto; y una pandilla de cóndores revoloteaba en el aire. Esos diablos en un momento despabilaban el cadáver de un cristiano...

—¿Quién vive? —gritó a lo lejos la voz de un centinela.

—¡La Patria!

—¿Qué gente?

—Soldado.

Y un jinete, llevando en brazos un cadáver, entró en el recinto del campamento.

—Por aquí, Peralta —gritó un hombre, saliendo de la única tienda que había en el campamento.

—¿Logró usted encontrarlo?

—Sí, comandante —respondió, con voz sorda, el otro; ¡aquí está!

El comandante recibió en sus brazos el cadáver y lo condujo a la tienda, donde lo acostaron sobre una capa de grana bordada de oro, despojo que, al principio de la campaña, había el comandante Heredia tomado al enemigo.

—He ahí, a donde conduce un ardimiento imprudente —exclamó el jefe dando una mirada de dolor al rostro ensangrentado del muerto—. ¡Pobre Teodoro! Acometió una locura, que ni aun sus veinte años podían excusar: ¡arrojo inútil y temerario, que lo ha llevado a la muerte! ¡Se habría dicho que la buscaba!

—Sí —respondió aquel que había traído el cadáver—, fue a su encuentro; pero así lo exigía el deber. No se compare usted con él, comandante. El alma de usted es reflexiva, fría y reside en la cabeza: la suya moraba en el corazón.

—¡Locos! —murmuraba Heredia, abandonando la tienda, convertida en capilla ardiente—. ¡Locos! Traer a esta guerra sagrada el imprudente arrojo de un torneo, es robar a la patria la flor de sus campeones. ¡Cuántos valientes más contarán nuestras filas con algunas calaveradas menos!

—¡El cumplimiento de un deber! —repetía Peralta, solo ya con el cadáver de su amigo—, el cumplimiento de un deber: he ahí lo único que yo sé, noble amigo, del trágico desenlace de tu historia; pero tu fin ha sido grande y glorioso. ¡Duerme en paz!

Y sentándose en una piedra, ocultó el rostro entre las manos y se hundió en dolorosa meditación, en tanto que los rumores del campamento se extinguían, sucediéndoles el canto del búho y el aullido de los chacales, que no lejos de allí destrozaban los sangrientos miembros de los muertos.